

Algunas impresiones para el próximo milenio

J. A. MARTÍN — PEREDA

Con un intervalo de algunos días he tenido la ocasión de participar en la reunión de dos comités de carácter —un tanto— diferente. Uno era el técnico de la Conferencia de Comunicaciones Ópticas que tendrá lugar en Suiza el próximo mes de septiembre. El otro era uno de los habituales del Esprit Advisory Board en el que, entre otras cosas, se informó de cuál había sido el resultado de la evaluación de los proyectos presentados.

Aunque el fin de ambas reuniones era, en contenido y objetivos, diferente, tenían algo en común: estaban relacionados con el mismo entorno tecnológico. Y, lo que para mí es más importante, de las dos extraje la misma consecuencia: el inicio de una vuelta a la realidad, tras el espejismo que supuso en los últimos años la idealización de las "nuevas tecnologías", y el inicio de un nuevo planteamiento basado en ellas.

El ejemplo más claro de lo anterior lo dio, cuando estábamos hablando de los avances de la técnica, uno de los dos ingleses del primer comité. No fue otro que la pregunta que dirigió a los veinte que estábamos allí: "¿Cuántos de los presentes tiene reloj digital?". La respuesta fue inmediata: ninguno.

Todos pasamos a recordar cuando, a mediados de los setenta aparecieron los primeros relojes digitales, basados en diodos electroluminiscentes; había que apretar un botón para poder ver los dígitos y si no se hacía eso eran simplemente una superficie negra y desagradable. Recordamos cómo, poco después, surgieron los de cristal líquido que hicieron pasar al olvido total a los primeros. Y cómo, a continuación, fueron incorporándose al reloj minicalculadoras, indicadores de hora en distintos países... y, finalmente, cómo habían vuelto los clásicos relojes de agujas. Había sido el pago a la novedad tecnológica, pero que, muy pronto, quedó demostrada su escasa utilidad.

La sensación que queda de todo ello es muy próxima a la del vacío. ¿Qué nos espera en el próximo milenio? ¿Qué quedará de todo lo que nos rodea? ¿Cuáles serán las bases sobre las que se estructurarán los avances del siglo XXI? Hasta hace muy poco todos habríamos dicho que los cimientos serían los de las "nuevas tecnologías" y que lo que se verá en los años venideros será un desarrollo espectacular de lo que hoy contemplamos. Si el ejemplo que he dado antes se extrapolara, parece que hoy lo que deberíamos decir es que en el futuro se volverá a todo aquello que hoy estamos pretendiendo abandonar.

Si antes parece que se habría dicho que era necesario olvidar el pasado, ahora sería lo contrario: hay que volver a recoger las tradiciones perdidas.

Pero ni una cosa ni la otra son ciertas: ni hay que olvidar el pasado, ni hay que mantener los valores tradicionales a toda costa. Ambas posturas son erróneas y, seguir las a ciegas, causa segura de fracaso.

Cada pueblo, cada grupo social, cada entorno socioeconómico tiene un pasado que forma parte de su memoria colectiva. Aunque quiera, no podrá jamás desprenderse de él. La educación judeocristiana que, como ejemplo, late de una manera u otra, consciente o inconscientemente, en nuestra sociedad occidental es algo con lo que debemos contar. A unos les facilitará su modo de vivir, a otros les servirá de rémora, pero todos hemos de tenerla presente. Sólo el paso de los siglos podría cambiarla o hacerla desaparecer. Estamos viviendo, como último ejemplo, lo que ha ocurrido en Rusia: el pasado es un lastre con el que hay que contar siempre.

Pero, a su vez, el futuro es algo que, por lo desconocido, jamás podremos intuir que nos va a traer. Desde los años de la ilustración, el futuro era sinónimo de progreso continuo, de olvido de los males del pasado e incorporación de conceptos nuevos

que aliviase los problemas presentes. El determinismo derivado de Newton sólo podía conducir a un avance continuado y ése debería ser, por principio, ajeno a cualquier anclaje en el ayer.

¿Qué puede traernos el próximo milenio? Si nos aferramos a los recuerdos del pasado, nos podemos encontrar con situaciones como las de la antigua Yugoslavia extendidas a nivel mundial. La aldea global de McLuhan lo sería en este sentido y no en el que él propugnaba. Si sólo miramos a las novedades de la tecnología como base para el futuro pronto nos daremos cuenta de que muchas de ellas son absolutamente inútiles y las rechazaremos. Y quizá podemos caer en la situación anterior, con lo que no habríamos ganado nada.

Por ello sólo queda la solución de tomar de la ciencia y la tecnología lo que es válido para el ser humano. Todo aquello que, de verdad, puede satisfacer sus necesidades más verdaderas y que, aunque hoy parezca lo contrario, no se encuentran en aparatos que son capaces de realizar mil y una operaciones absurdas, sino en estructuras que sean capaces de hacer realidad mil y un sueños, surgidos de la ilusión de mil y una noches. Y, en la mayor parte de las ocasiones, esos sueños no están en tradiciones mantenidas inmutables a lo largo de los siglos y que si se conservan es porque no se ha sabido crear nada mejor. Pero no porque sean las mejores.

El próximo milenio debe traernos el olvido de las rémoras seculares y la ruptura con los reclamos de modernidad mal entendida que nos han invadido desde todos los medios. Reclamamos que no son sino una forma encubierta de hacernos seguir amarrados a los lastres de las educaciones más inmovilistas del pasado.

Catedrático de Tecnología Fotónica.